



Chasqui. Revista Latinoamericana de
Comunicación

ISSN: 1390-1079

chasqui@ciespal.org

Centro Internacional de Estudios
Superiores de Comunicación para
América Latina

Vásquez, Jorge Daniel

Adultocentrismo y discurso periodístico. Una representación de las personas jóvenes en
la prensa de Costa Rica

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación, núm. 123, septiembre, 2013, pp. 91-
97

Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16057407014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Adultocentrismo y discurso periodístico.

Una representación de las personas jóvenes en la prensa de Costa Rica¹

Resumen

El presente trabajo analiza las representaciones y las narrativas sobre personas jóvenes en la prensa de Costa Rica en el marco de las protestas estudiantiles acontecidas entre 2010 y 2011. Para esto se problematiza la cobertura mediática que los principales diarios hacen de las prácticas juveniles, pues da cuenta de la compleja crisis de la institucionalidad soportada en torno a valores contruidos y promulgados desde una lógica de "poder de exclusión" adultocéntrico. El análisis de esta situación permite comprender cómo se construyen los acontecimientos mediáticos que se enmarcan dentro de agendas políticas basadas en el sentimiento de inseguridad.

Palabras clave: prensa, jóvenes, adultocentrismo, inseguridad, Costa Rica

Resumo

O presente trabalho analisa as representações e as narrativas sobre pessoas jovens na imprensa da Costa Rica, no marco dos protestos estudantis que ocorreram entre 2010 e 2011. Para isso, o texto problematiza a cobertura dos principais diários sobre as práticas juvenis, pois dá conta da complexa crise da institucionalidade em torno dos valores contruídos e promulgados a partir uma lógica de "poder de exclusão" adultocêntrico. A análise desta situação permite compreender como são contruídos os acontecimentos midiáticos que se desenrolam dentro de agendas políticas baseadas no sentimento de insegurança.

Palavras-chave: imprensa, jovens, adultocentrismo, insegurança, Costa Rica

Abstract

This paper analyzes the representations and narratives about young people in the press of Costa Rica as part of the student protests that occurred between 2010 and 2011. To this end, the text problematizes the media coverage made by major newspapers about youth practices and as this evidence the complex crisis of the institutionality anchored in values that are constructed and enacted from a logic of "exclusion power" adult-centered. The analysis of this situation allows us to understand how they are constructed media events that are part of political agendas based on the feeling of insecurity.

Keywords: press, youth, adultcentrism, insecurity, Costa Rica



Jorge Daniel Vásquez

Guayaquil, 1981. Es licenciando en Educación, por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y en Filosofía, por la Universidad Nacional de Costa Rica. Tiene estudios de posgrado en Comunicación, por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Master (c) en Sociología, por Flacso-Ecuador.

Correo:

jordan9plus@gmail.com

Recibido: abril 2013

Aprobado: agosto 2013

¹ El presente texto está basado en los hallazgos de la investigación realizada entre 2010-2012 por Jorge Daniel Vásquez, Tirsia Ventura y Mónica Brenes que dieron forma al libro *Miradas que marcan. Crítica de las narrativas y representaciones de los y las jóvenes en la prensa*, San José: FLACSO (www.flacso.or.cr/fileadmin/documentos/.../Miradas_que_marcan.pdf)



ensayos

"El Ministerio de Educación Pública (MEP) reconoce su impotencia ante la violencia que se registra entre colegiales, la cual se manifiesta en asaltos en los que ellos son víctimas y victimarios, así como en agresiones incluso con puñales [...].

La viceministra del ramo [...] dividió la violencia en dos tipos: la que es propia de la edad del menor, y que responde a cambios hormonales y a la búsqueda de la integración, y otra "más compleja", la cual tiene que ver con el contexto en que viven los jóvenes[...]" ("MEP impotente ante violencia generada por estudiantes", La Nación, 28-03-2010).

El presente trabajo parte del análisis de las representaciones y las narrativas sobre jóvenes en la prensa costarricense entre 2010-2011, específicamente a partir de las noticias que en los diarios *La Nación* y *Al Día* aparecieron relacionadas con la protesta de los y las estudiantes de uno de los establecimientos de educación media más grandes de la ciudad de San José ante una normativa que les impedía utilizar "pantalones ajustados". Las afirmaciones parten del reconocimiento de los estudios sobre jóvenes como una clave interesante para el análisis de la sociedad, en tanto se considera que en la lectura de las prácticas juveniles así como en la cobertura mediática de las mismas se da cuenta de la compleja crisis de la institucionalidad soportada en torno a valores contruidos y promulgados desde una lógica de "poder de exclusión". Este subyace a las producciones periodísticas y va desde la naturalización de la diferencia hasta las operaciones biopolíticas desde las que se instalan criterios de normalidad.

El poder de la prensa en lo que respecta a las representaciones consiste en "consagrar" a los agentes o individuos, otorgando legitimidad a la palabra y a sus autores; sin embargo, la distorsión del carácter de autoría que deberían tener los relatores de las narrativas periodísticas (es decir, reconocer que lo que se ofrecen son relatos sobre una realidad y no "la realidad en sí misma") se ampara en la atribución de una objetividad periodística que opera como "un argumento para obligar" (Maturana, 1999) en la instauración de una determinada visión de mundo. En el plano ideológico, este proceso de determinar la visión de mundo parte de los argumentos de los

clasificadores ubicados desde el panóptico del poder económico y político. Esto opera a través de la subjetividad del periodista no en cuanto productores, vulgarizadores y reproductores de una realidad sino en cuanto dependen de una ubicación en el campo periodístico que no es determinada autónomamente.

Las empresas periodísticas, en este caso los diarios o periódicos, responden a una lógica de mercado en la medida que responden al dinero y a cierta estabilidad para que los negocios puedan funcionar. En ellos, existe un peso compartido con los *mass media* (tv /radio) que configuran la estructura del campo periodístico. Los facilitadores de la noticia, los divulgadores y los reproductores responden a una producción estandarizada de bienes simbólicos diseñada desde una lógica de mercado y también a un proceso de especialización (fordista): la prensa escrita se especializa en un público altamente segmentado espacial y socialmente, que hace que a su interior se establezca una diferencia entre las formas de diseñar lo noticiable. Es en la estructura del formato (artículos, publicidad, secciones) que los diarios evidencian si existe mayor o menor autonomía en el medio. De acuerdo a la manera cómo están dispuestas las diferentes secciones (deportes, las noticias, las ciencias, los clasificados, el crimen), vemos en qué medida la lógica de mercado está por encima de la autonomía del medio, y, de acuerdo a cómo se construyen las narrativas al interior de esas secciones, se evidencia la tendencia política con la que el medio responde a la lógica de mercado y a las realidades sociales.

En la narrativa periodística, las funciones de verosimilitud y de legitimación son indispensables en la construcción de lo noticioso. Así, la verosimilitud (cuán creíble puede llegar a ser algo) se liga a la condición de legitimidad que en las narrativas mediáticas otorgan sentido a los acontecimientos. El periodismo "informa" (lo cual se puede entender como "dar forma" o "poner algo en una determinada forma"), escribe/inscribe el mundo y a la vez genera relaciones y constituye un referente para imaginar colectivamente la sociedad que producimos. Por lo tanto, la narrativa periodística es una forma particular de narrar mediáticamente la realidad pero a la vez es una práctica que otorga sentido a los hechos que informa. A este nivel encontramos que se presenta su desafío ético a la hora de referirse a

los sujetos involucrados en los hechos que se consideran noticiosos, a la vez que permite a las y los observadores una posibilidad para establecer una crítica ética de los medios desde su condición de actores sociales.

Particularmente en su narrativa, los medios de comunicación permiten comprender cómo las personas jóvenes en sus formas de actuar, sentir, convivir e interactuar socialmente objetivan la realidad. Esto contrasta con la visión generalizada que atribuía a las y los jóvenes la subjetivación de la realidad, con la explicación de que las formas de vida de las y los jóvenes son el resultado de la aprehensión de las condiciones (des)favorables de sus entornos. Esta mirada aún persiste en manifestarse desde la mirada preventiva-tutelar del adultocentrismo, desde la cual, las personas jóvenes “expuestas a los males” de la sociedad (consumo de drogas, uso no supervisado de Internet, agregación a determinado grupo juvenil, construcción de microsociedades afirmadas por rituales de transgresión o violencia, etc.) construyen “personalidades de riesgo”. De lo anterior se deriva que la manera como son visibilizados las y los jóvenes en los medios de comunicación los confieren como protagonistas de/ en riesgo. Se da cuenta de esto con el análisis de las representaciones sobre personas jóvenes en Costa Rica a partir de un caso que fue altamente tratado en el diario *La Nación* y en el diario *Al Día* durante 2010.

“Los hechos”

Durante 2010, el tema de “la inseguridad”, desde las noticias relacionadas a jóvenes, aparece tanto como el resultado de acciones juveniles como un fenómeno que sitúa a las personas jóvenes en una mayor vulnerabilidad. En el discurso de los medios, la “inseguridad” cobra particular relevancia cuando se relaciona con la crisis del sistema educativo costarricense.

Las manifestaciones de estudiantes del Liceo Vargas Calvo en San José, efectuadas en mayo de 2010, aparecieron en la prensa bajo el titular: “Protesta por Pantalones causa gresca entre colegiales y policías” (*La Nación*, 14-05-2010). “Vandalismo”, “desbandada”, “la turba”, “guerra campal”, “los estudiantes se lanzaron en estampida tras la prensa” son calificativos con los cuales se recrean los hechos de una protesta en la que, en palabras de una de las fuentes: “El

problema es por el uniforme. Vienen con pantalón ‘tubo’, muy tallado. Les pedimos que vengan con ropa menos ajustada”. La manifestación de los jóvenes, para la prensa, se condensa así: “El fin era que la dirección del colegio les autorizara el uso de pantalones ajustados”. La afirmación nos abre las puertas para profundizar en la perspectiva de poder adultocéntrico desde el cual se construyen las relaciones en las escuelas y las narrativas mediáticas. La prensa escrita, y quizá no sea sólo un caso aislado, representa a las personas jóvenes como violentas *per se* e incapaces de acoger las normas sociales.

En la relación que existe entre el discurso de los medios y la sociedad adultocéntrica (como sociedad del orden) y las expresiones de protesta de las y los jóvenes (como la voluntad de introducir “un caos”), los medios de comunicación juegan un rol central. Vale para esto simplemente analizar cómo constantemente las fuentes desde las cuales se narran los acontecimientos suelen ser personas adultas que representan a las instituciones encargadas de mantener el “orden”: jefe de la oficina de la niñez y la adolescencia del Ministerio de Educación Pública, el director del centro educativo, jefe de policía de la delegación policial del sector y el jefe regional de la Fuerza Pública. En este sentido, se puede decir que las versiones adultas son los hechos.

En este tratamiento mediático, los colegios y las escuelas son construidos como lugares simbólicos exentos de cualquier forma de violencia mientras que las y los jóvenes son quienes se expresan violentamente en dos vías: 1) en cuanto el simple hecho de no acatar el orden es violento y, 2) en que el desacato se expresa por medio de reacciones violentas. En contraparte a la pasividad de las instituciones, son las y los jóvenes quienes aparecen como amedrentadores y amenazantes contra las autoridades institucionales, pero, también, estatales; es decir, violentos y transgreden el imaginario nacionalista de Costa Rica como país-sin-disturbios: “El jefe policial [...] dijo que es la primera ocasión en que manifestantes lanzan bombas caseras de reacción química. ‘Eso solo lo había visto fuera del país’, puntualizó” (“Protesta por Pantalones causa gresca entre colegiales y policías”, *La Nación*, 14-05-2010)². Estas “bombas caseras de reacción química” estaban construidas con botellas de refresco y ácido de limpieza para

2 La cursiva es mía.

cerámica³; sin embargo, conforme aparece en la noticia redactada, permite al lector hacer la conexión entre los calificativos “vandalismo”, “guerra campal” con pruebas contundentes como el lanzamiento de “bombas”, de las que además no se sabe el número y de las cuales no se mencionan si fueron utilizadas contra la Fuerza Pública.

El problema

La protesta de los y las jóvenes tiene la “naturalización de la violencia” como clave de lectura que antecede a los acontecimientos; lo cual evidencia la estigmatización que rige el operar de los medios de comunicación, pues si la cobertura se limitara a ejercer su oficio con calidad, recurriría, como mínimo, a la contrastación de opiniones.

La manera en que los medios de comunicación costarricenses tratan las situaciones de violencia en los colegios revela el adultocentrismo del sistema educativo y sus instituciones; así, según las declaraciones de las autoridades, las salidas posibles a un problema de manifestación juvenil se resuelven en una “mesa de negociación” en la que, en el caso de no prevalecer la autoridad, los y las estudiantes son suspendidos en sus estudios y pasan a ser procesados por los órganos judiciales respectivos.

Para este análisis es preciso considerar que cada acontecimiento instaura sus propias reglas de lectura (Reguillo, 2007); lo que lleva a decir de una vez que el problema que subyace es de orden biopolítico (poder sobre las formas de administración de la vida). Es biopolítico debido a que opera sobre el cuerpo como un territorio sobre el cual se ejerce poder desde el control y el sometimiento. Dado que este territorio que se pretende controlar es el de los cuerpos juveniles, el problema lleva a dilucidar una problemática como la protagonizada “por el uso de los pantalones” en perspectiva de biocultura.

La biocultura refiere a la centralidad corporal que media procesos sociales en un complejo entramado donde se articulan la sujeción y la resistencia, la normalización y la transgresión, el control y la libertad, el castigo y el desafío, el sufrimiento y el placer (Valenzuela, 2009: 15). En esta perspectiva, no se trata de las limitaciones para

acatar las normas disciplinarias de la institución educativa por el uso de ‘unos pantalones’, pues la protesta se refiere a las advertencias de sanciones por el incorrecto uso de los uniformes, sino de asumir fugaz y transitoriamente una postura de no-renuncia a una forma de subjetivación afianzada en la propia identidad expresada desde la maneras de construir sintaxis corporales transgresoras del “orden” adultocéntrico. El cuerpo es un lugar de enunciación, una cartografía de las mediaciones simbólicas e imaginarias del sujeto juvenil (Cerbino, 2001: 57), por lo que, un tipo de poder (biopolítica/biocultura), definido desde el conjunto de dispositivos establecidos por grupos dominantes (las autoridades), suscita también una biorresistencia. La biorresistencia como un conjunto de formas de vivir y significar el cuerpo en clave de resistencia, disputa o desafío a las disposiciones biopolíticas requiere otra forma de leer eso que los medios catalogan de “vandalismo”.

La estigmatización justifica otras diferencias que corresponden a un orden de clase social, pues en los medios se manifiesta que las vías legítimas para que las y los jóvenes expresen sus preocupaciones ante el sistema educativo corresponde a espacios en los que la autoridad (representada en los directivos del Colegio y padres de familia) respalda y promueve estas manifestaciones. Tal es el caso de una noticia aparecida en el mismo mes titulada: “Jóvenes se manifiestan por futuro del Sistema Nacional de Educación Musical” (La Nación, 20-05-2010)⁴. En condiciones en las que se apele a la voluntad de los adultos, como medios válidos y efectivos de cambio, es posible establecer demandas siempre con la venia de las autoridades. En el caso de una protesta institucionalizada y desde el lugar social que confiere el hecho de hablar desde espacios oficiales permite constatar la diferencia entre aquello que Valenzuela (2009: 30) denomina *grupos fomentados e identidades proscritas*. Valenzuela explica que los primeros se refieren a las agrupaciones estimuladas y apoyadas por los grupos dominantes; mientras que los segundos son aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores dominantes, donde los miembros de los grupos son objeto de caracterizaciones

3 La expresión que aparece entre comillas sobredimensiona las condiciones del objeto, las cuales únicamente provocarían ruido.

4 La noticia aparece en la sección “Viva”, lo que deja ver claramente la operación mediática para los temas relacionados con jóvenes. Los actos de manifestación que implican transgresiones del orden adultocéntrico se ubican en la sección “Nacionales”; mientras que aquellas que se hacen dentro de los espacios institucionalizados se ubican en la sección de espectáculos “Viva”.

peyorativas y muchas veces persecutorias. Mediante la proscripción de identidades juveniles transgresoras se invisibilizan los problemas de las instituciones sociales y se ratifica la reproducción del sistema educativo y su sistema de relaciones de poder.

En otro orden, la estigmatización de las personas jóvenes y la naturalización de la violencia impiden que se pueda hacer la diferenciación necesaria entre expresiones de violencia que se impregnan de un carácter de bioresistencia (aquellas que buscan una vida libre para las producciones simbólicas que generan identidades juveniles) y formas de violencia, cometidas por jóvenes, que atentan contra la continuidad de la vida material.

El análisis

El hecho de que las noticias en general y de forma recurrente consideren como “versión válida” (aunque muchas veces estas versiones se basen en rumores) la opinión de las personas adultas y, entre ellas, las que son autoridades, dice del rol que *La Nación* y *Al Día* tienen como “portavoces de las víctimas” en un contexto de inseguridad.

El asunto lleva a tratar el problema de las paradojas que también son planteadas por Kessler (2009) dentro del estudio de la sociología del temor al delito. La separación entre *la evidencia empírica* (las estadísticas de delitos acontecidos en un determinado período de tiempo) y *el miedo*, encierran el carácter paradójico de la problemática que ha permitido establecer regularidades halladas en las investigaciones realizadas en torno al crimen en Estados Unidos e Inglaterra:

“Una de las [regularidades] fundamentales es la falta de correspondencia entre delito y temor [...] El miedo puede incrementarse aun cuando el delito esté disminuyendo y, como paradoja mayor, aquellos que a simple vista tienen menos riesgos de sufrir un delito, las mujeres y los ancianos, también parecen ser los más temerosos” (Kessler, 2009, p. 32).

La paradoja anterior permite desnudar una falacia: aquella de que a mayor número de delitos, mayor miedo, luego mayor inseguridad. Eso significa también que ante el aumento de los dispositivos de seguridad (cámaras de vigilancia, numerosa presencia policial, controles de identidad

en entidades públicas) nos podemos sentir más inseguros en los lugares en los que estos dispositivos no se encuentren. Esto por supuesto genera el círculo vicioso de la inseguridad, pues si los miedos son también efectos simbólicos de la inseguridad (Rincón y Rey, 2008) en tanto más miedos se produzcan más crece el “mercado de la seguridad” (tecnologías, policías –privadas y públicas, seguros, etc.). Es preciso apuntar que tanto en la producción de los miedos (como efectos simbólicos) como en la sobredimensión de la seguridad, los medios de comunicación (desde su carácter paradójico) tienen un rol principal, en tanto constituyen no sólo fuente de información, sino espacio y mediación para la articulación de los discursos de inseguridad y las retóricas de la seguridad.

El asunto de las retóricas de seguridad refiere a un anclaje subjetivo en el que se manifiesta la dimensión antropológica del problema: la persuasión y provocación de respuestas emotivas por parte de la población, que por otra parte, generalizan un sentimiento de vulnerabilidad socialmente compartido que se expresa en la pérdida de la tolerancia que algunos actores (que suelen mostrarse como tolerantes ante otros temas) pierden cuando se trata del delito.

Esto significa que, siguiendo el análisis de Kessler (2009), en las sociedades con regímenes democráticos constituidos existe una generalizada actitud de no-discriminación por motivos de etnia o clase. Esto se debe en parte por la adopción de la perspectiva multicultural integrada a los discursos democráticos, y conlleva a que posturas radicalmente xenófobas (del tipo “la negación de toda alteridad”) no sean socialmente aceptadas. Sin embargo, cuando se trata de “el otro como amenaza” las discriminaciones por etnia, clase o diferencia etaria (generacional) se ponen en acto y se legitiman. Así las cosas, no es menos cierto

Tanto en la producción de los miedos (como efectos simbólicos) como en la sobredimensión de la seguridad, los medios de comunicación (desde su carácter paradójico) tienen un rol principal, en tanto constituyen no solo fuente de información, sino espacio y mediación para la articulación de los discursos de inseguridad y las retóricas de la seguridad

que las retóricas de la seguridad exacerbaban las tensiones pre-existentes a la vez que producen nuevas lógicas de estratificación. De este modo, el discurso de la (in)seguridad expulsa a las y los ciudadanos y deja espacio para las víctimas que encuentran en los medios de comunicación, lugar desde el cual se emprende la cruzada contra ese sujeto que se cataloga desde la categoría de ‘sospechoso’ y que integra además las discriminaciones por motivos de etnia y/o clase. En otras palabras, las diferencias de etnia, clase y otras se legitiman si el otro es peligroso; lo cual contacta las estratificaciones raciales o sociales con las estratificaciones construidas desde el adultocentrismo.

Declaraciones como la otorgada por la viceministra académica del MEP: “Cuando *perdemos el miedo como adultos* y nos acercamos a dialogar con ellos, a tener un trabajo más horizontal, se llega a acuerdos sin perder la autoridad” (“Educadores buscan nueva forma de disciplinar a alumnos”, *La Nación*, 18-07-2010)⁵, quedan como puntos aislados de la agenda mediática, pues en la difusión de los medios no se encuentra una cobertura de experiencias horizontales de mediación y formas de gestionar la convivencia, sino, como ya se mencionó, se presentan aquellas que aluden a un sentimiento de inseguridad como “temor permanente”. El carácter paradójico de esto radica precisamente en que la hipervisibilidad de la “inseguridad en las escuelas”⁶ no, necesariamente, coincide con el sentir de los y las docentes o de las y los estudiantes. Este vacío en la agenda mediática dice de sus limitaciones adultocéntricas y estigmatizadoras.

Es importante mencionar que en las declaraciones que hemos extraído de la prensa y la línea de

titulares que respondían al tema de la “inseguridad en las escuelas”, aludían a varias emociones (miedos, temores, impotencia, desconfianza) que, por la concordancia entre las versiones de las autoridades (policías, docentes y directivos entrevistados, padres de familia, etc.), remitían a su vez a la generación de un “consenso de realidad”. En este sentido, si las emociones antes señaladas son compartidas, el sentimiento de inseguridad resulta justificado, pues son precisamente los miedos, la desconfianza, la impotencia los que permiten que “algo” o “alguien”, en el caso de los y las jóvenes, sean considerados peligrosos. Por lo tanto, la narrativa mediática ejerce la función de relato mayor en el cual los miedos, las desconfianzas, etc., se inscriben.

Además, dado que los medios de comunicación “nos dan de qué hablar” y a la vez se alimentan “de lo que nosotros hablamos”, todos y todas (en mayor o menor medida) participamos, desde las conversaciones cotidianas, en una matriz compartida que busca llenar la categoría de “sospechoso” con concreciones y rostros particulares como lo son, de hecho, los rostros de las personas jóvenes, estudiantes no muy disciplinados de colegios públicos y/o ubicados en sectores populares o marginalizados tanto a nivel urbano como rural. De aquí que la estigmatización adultocéntrica no deja de ser clasista pues las atribuciones de características que justifican la proscripción de ciertas identidades juveniles se hace en función de los poderes y saberes de una fracción dominante de la sociedad.

A modo de conclusión

Lo que evidencia el tratamiento mediático del acontecimiento llevado a cabo en el Liceo Vargas Calvo es la articulación del adultocentrismo desde distintas miradas, entre ellas, el adultocentrismo de los medios de comunicación. El panoptismo como “conjunto de mecanismos que operan en el interior de todas las redes de procedimientos de los que se sirve el poder” (Foucault, 1992: 121) encuentra en los medios de comunicación un espacio desde el cual articular la mirada que juzga, reprime y sanciona moralmente las expresiones juveniles de inconformidad. La sociedad adultocéntrica ejerce la descalificación de determinados sujetos desde los medios de comunicación y tiene como mecanismo semiótico la criminalización de la protesta política.

⁵ La cursiva es mía.

⁶ Podemos tomar como “acontecimiento” la secuencia dada en la prensa a la denuncia de un director de colegio en la zona de Siquirres en relación a las amenazas perpetradas por algunos estudiantes que terminó finalmente en la orden judicial donde se implicaba que los jóvenes acusados no se vincularan con ningún colegio de la zona: “Profesores están en paro luego de asaltos en liceo” (*La Nación*, 20-07-2010), “Pandilla colegial siembra el terror en Liceo de Siquirres” (*La Nación*, 21-07-2010), “Dos alumnos de Siquirres enfrentan una causa penal” (*La Nación*, 22-07-2010), “Colegio de Siquirres cierra por inseguridad” (*Al Día*, 22-07-2010), “Juez ordena cambiar de liceo a tres colegiales” (*La Nación*, 23-07-2010), “Ordenan Cambio de Colegio” (*Al Día*, 23-07-2010), “Colegio reanuda clases bajo vigilancia policial” (*La Nación*, 27-07-2010) y “A estudiar desde la casa” (*Al Día*, 29-07-2010). Una vez restaurado el orden, es decir, expulsados los jóvenes, el diario *La Nación* publica: “Colegio de Siquirres dará bachillerato internacional” (*La Nación*, 06-08-2010).

El tema de la inseguridad (que los estudiantes provocan con sus reclamos) nos parece un signo claro de cómo la sociedad se reconfigura a partir del control disciplinario como forma específica de poder sobre las sujetos excluidos. Si bien en varias argumentaciones frecuentes en la teoría social contemporánea (Cubides, 2007) se parte del señalamiento de Deleuze (2006) en relación al paso de la sociedad disciplinaria (formulación foucaultiana) a la sociedades de control, se considera que en las instituciones educativas el

discurso sobre inseguridad reaviva prácticas de vigilancia de carácter disciplinario que responden ciertamente al control ejercido en nombre de la seguridad que en otras instituciones opera mediante el uso de aparatos tecnológicos. Por tal motivo el desafío está en construir espacios educativos que vayan más allá del control disciplinario y las concepciones adultocéntricas; es decir, asumir las escuelas como espacios privilegiados para la formación de ciudadanía y subjetividades políticas en libertad. 𐄂

Bibliografía

Cubides, Humberto (2007). *El reto de conformar la multitud: Posibilidades de formación de nuevas subjetividades sustentadas en el cuidado de sí y las prácticas reflexivas*. En Zuleta, Mónica; Cubides, Humberto; Escobar, Manuel (Eds.) *¿Unos solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas* (pp. 119-126) Bogotá. IESCO - Siglo del hombre.

Deleuze, Gilles (2006). *Post-Scriptum sobre las sociedades de control*. En Deleuze, Gilles *Conversaciones* (pp. 277-286) Valencia. Pre-textos.

Foucault, Michel (2002). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Kessler, Gabriel (2009). *El sentimiento de seguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Maturana, Humberto (1999). *La objetividad. Un argumento para obligar*. Santiago de Chile. Dolmen.

Reguillo, Rossana (2007). *Exclusiones, miedos y fronteras: Los desafíos geopolíticos de la identidad*. En Sánchez Díaz de Rivera, María Eugenia (Ed.) *Identidades, globalización e inequidad. Ponencias magistrales de la Cátedra Alain Touraine* (pp. 85-102) Puebla. Universidad Iberoamericana Puebla.

Rincón, Omar y Rey, Germán (2008). *Los cuentos mediáticos del miedo*. Urvio, 5, 34-45.

Valenzuela, José (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de @s jóvenes en la modernidad*. Tijuana. El Colegio de la Frontera Norte.